

La extraña noche

Compartimos una larga noche en la alta montaña madrileña, entre tristes pinares y húmedas rocas. Sentíamos una atronadora ventisca y un frío gélido.

Permanecíamos inmóviles como estatuas esculpidas de un yeso oscuro. La luna plateada brillaba sobre nosotros y hacía eco, dejando un rastro de soledad en cavernas de tiempos antiquísimos. Tiempos prehistóricos que marcaban horas antes de nuestro propio nacimiento, cuando todavía no existían ni siquiera las palabras.

Un aire brusco y un deslumbrante rayo del Dios egipcio, Ra, nos avisaba del despertar tan arduo que se avecinaba. Él, fatigado, se levantaba antes. Yo permanecía recostada por la embriaguez nocturna.

El viento dibujaba un fino hilo sobre nuestras pestañas y las empujaba hacia arriba en un arrítmico movimiento. Parecía un hecho provocado por algo que estaba fuera de nuestro propio cuerpo.

De repente, con la luz brillante, aparecían dos rostros de niños sumergidos en el tiempo, con finos labios y ojos diminutos. Entonces, cada uno en su silencio se preguntaba: ¿De dónde vienen nuestros delirios?

La huella del pasado nos perseguía; de habernos entregado tanto y recibir tan poco. Ni una mísera semilla del gran campo.

Hartos del mundo, vagabundeábamos por la sierra norteña buscando algún camino. Éramos como sonámbulos sin rumbo. Niños eternamente desprotegidos.

Llegamos a una llanura y, con un intuitivo y doloroso cruce de miradas, supimos que era el final de nuestro extraño encuentro nocturno.

Él anduvo hacia los maderos de los árboles para construir todo tipo de objetos desconocidos con una detallada visión física. Era un hombre terrenal con resquicios de una pasional juventud amarga y anhelada. En su abrigo llevaba unos pequeños zapatitos de cristal que le compró su madre, quien falleció el mismo día que explotó la “tercera guerra mundial”.

Él deseaba vivir la soledad a la vera de su hoguera, enfrentando la imagen del dolor de su rostro en un espejo viejo y desgastado.

Yo me desvié a un manantial para comenzar un nuevo rumbo, con un miedo latente a lo desconocido. La muerte me pisaba los talones. Embarcaba aquel día no sé hacia dónde.

Las palabras quedaron disueltas, se desvanecieron. Escribí un pequeño símbolo en una roca cercana al río con la intención de mantener en mi recuerdo aquel encuentro hermoso y desangelado.

A aquel hombre de ojos miel y diminutos como lentejas que apareció en mi vida le dedico este guiso.

Lentejas con cebolla confitada

Ingredientes:

3 puñados abundantes de lentejas.

½ cebolla.

1 cucharadita de azúcar

½ pimiento rojo

1 tomate

Sal y pimienta al gusto

Instrucciones:

Hervir agua. Cuando esté en plena ebullición, verter las lentejas hasta que no estén ni muy blandas ni muy duras.

En una sartén, echar un chorrito de aceite. Cuando esté caliente, agregar la cebolla partida y añadir la cucharadita de azúcar. Retirar en el momento en que esté frita.

Partir el tomate y el medio pimiento y batir. Añadir sal y pimienta al gusto. Verter sobre las lentejas y remover. Retirar cuando las lentejas estén hechas y añadir la cebolla confitada.

